



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria



PERSONAGES.

LA CONDESA. ISABEL. DOÑA MENCÍA. EL REY.
QUEVEDO. GONZALO. MARTIN. EL ALCAIDE.
DON ALVARO. DAMAS, UGIERES, GUARDIA.

La escena se supone en Madrid, año de 1845.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la Condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha; otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA PRIMERA.

Gonzalo, sentado á la mesa de escritorio.

Otra carta, y es la última al arrendador Ambrosio García.—Cansan, aburren tantas horas de escritorio.— Hoy no he visto todavía á la que es luz de mis ojos, y ausente de su hermosura no vivo, ó vivo en un potro. La Condesa. . . .

ESCENA II.

Gonzalo—Quevedo.

Quev. (Entrando.) Perdonad,
señor mio, si me tomo
La libertad. . . .

Gonz. (Levantándose.) Caballero. . . .
Cielos, qué veo! . . .

Quev. Este mozo. . . .

Gonz. Sí, es Gonzalo.

Gonz. ¡Don Francisco
de Quevedo! . . . ¡Dios piadoso,
¡Tanta dicha! . . . Permitid
que á esos piés. . . .

Quev. No me conformo.
Mis brazos están mas cerca.
(Le abraza.)

Gonz. Yo los recibo con gozo
y con orgullo.

Quev. A tu padre
retrata fiel ese rostro
juvenil: al tierno amigo
que vivo amé, y muerto lloro.

Gonz. Si vos le llorais, señor,
¡qué haré yo, huérfano y solo. . .

Quev. Eso no, miéntras yo viva.—
Mas, aunque me huelgo y honro
de verte, aquí no he venido
con semejante propósito.
Yo no te hacia en Madrid. . . .

Gonz. Empeñé el viage mas pronto
de lo que habia pensado.
No bien sacudido el polvo,
os busqué; pero sin fruto.
“Astro luciente del trono
de Felipe, apénas sale
de palacio y sus contornos.”
me dijeron, y. . . .

Quev.

Es verdad.

Felipe, que es generoso,
justo, apacibe, magnánimo,
cuando obedece á sus propios
instintos; hoy que ya libre
se ve del yugo ominoso
Del funesto Conde—duque,
ruina y baldon de su solio.
desagraviarme pretende
del no merecido encono
con que en mis ancianos dias
me ha perseguido el sañoso
privado, Yo que, no ha mucho,
gemia en un calavoso,
calumniado, enfermo y pobre,
hoy nadaria en un golfo
de honras y bienes, si fuera
mi corazon ambicioso.
Mas quien jamas codició
granquezas que engendran odios
y sobresaltos y crímenes
y escarmientos, sándio y loco
seria si tal hiciera
cuando tiene un pié en el hoyo.
Y no obstante la seráfica
modestia de que blasono,
heme aquí hecho un palaciego.
El rey, á mi ruego sordo,
de la libertad me priva
porque suspiro y sollozo.
No se halla sin mí, y abruma
mis harto frágiles hombros
con su real benevolencia.
No sé, Gonzalo, si lógro
tanta distincion á título
de amigo; pero es notorio
que mas barato que yo
no lo ha de hayar en el glovo.
Ni pedigueño le canso

ni le atosigo oficioso.—
 O acaso tanto favor
 debo á ser hijo de Apolo;
 que tambien Su Magestad
 emplear suele sus ocios
 eh hacer versos, tal vez
 (y esto quede entre nosotros)
 no tan buenos como augustos.
 Ni será estraño tampoco
 que por su bufon me tenga.—
 ¡Dicen que soy tan gracioso! . . .
 Mas volviendo á tí, querido
 Gonzalo, no te perdono
 no haber tomado hospedaje
 en mi casa.

Gonz. Soy tan corto. . . .

Quev. La cortedad es bobada,
 y en la corte sobre todo.
 Fray Modesto nunca asciende
 á prior de San Jerónimo.
 ¡Ni haberme escrito dos lestras
 diciéndome cuándo y cómo
 te habria de hallar! Al punto
 hubiera hecho yo de modo
 que me vieras en mi casa,
 ó en la del rey, sin estorbo,
 á todas horas del día.

Pero, si no me equivoco,
 tal está mi buen Gonzalo
 que no ha menester patronos.
 No te aconsejo que trueques
 por el triste dormitorio
 y parca mesa que puedo
 yo ofrecerte, estos suntuosos
 salones.—¡Eres,—perdona
 mi estraño interrogatorio,—
 pariente de la condesa,
 ó su agente de negocios?

Gonz. Soy su criado. La suerte

Quev. me deparó este acomodo.
 Y no en oficios mecánicos
 que puedan darte sonrojo
 te ocupa, por lo que veo.
 ¡Bien! Es dama de alto bordo,
 de esclarecido linaje
 y de pingüe patrimonio,
 ¡y con favor en la corte!
 Como que egerce el honroso
 cargo de aya de la Infanta.
 Si la entraste por el ojo
 derecho. . . .

Gonz. Preferiria,
 ya que servir me es forzoso,
 servir á Su Magestad.

Quev. Como cuestion de decoro,
 lo apruebo; mas no estarás
 tan lucido y tan orondo
 como ahora, si dependes
 de las arcas del tesoro;
 que, si algo dejan en ellas
 asentistas codiciosos
 y validos insolentes,
 se gasta en cañas y toros.—
 ¡Pides algo al Rey?

Gonz. Mi padre:
 le ha servido con heróico
 valor. Murió en Portugal
 herido de aleve plomo;
 y apoyándome en sus méritos,
 ya que no puedo en los propios,
 pido la contaduría
 de alcabalas de Logroño.
 mas no espero. . . .

Quev. ¿Por qué nó?
 Para destino tan módico
 presumo que bastará
 el influjo de que gozo.
 Mejor te lo ofreceria,

á fe de amigo y de prójimo;
 pero yo no soy ministro
 ni con ministros me rozo,
 sido poeta, y poeta
 que no, como suelen otros,
 me alimento de ficciones
 y de figuras y tropos,
 sino que hago profesion
 de decir sin circuloquios
 por escrito y de palabra
 verdades de omo y lomo.
 ¡Así estoy yo^t de medrado!
 Camino tan escabroso
 no allana, Gonzalo amigo,
 la cumbre de Capitolio.
 Pero á tal corte has llegado
 y en tiempo tan delicioso,
 que para tí, apuesto jóven,
 bien nacido y nada bobo,
 pueden ser risueñas flores
 de la vida los abrojos.
 Si un dia Marte, hoy es Vénus
 el astro que aquí. . . . A propósito:
 ¿tienes ya empleo en Madrid?
 Hablo de empleo amatorio.

Gonz.
 Quev.

Tal vez.
 ¿Y qué corazon,
 si no es de piedra ó de corcho,
 no paga en Madrid tributo
 á mundo, carne y demonio?
 Gonzalo, el mar de la corte
 está erizado de escollos.
 Las Cierces y las sirenas
 bogan armadas en corso
 á caza. . . . ellas dicen de almas,
 yo, del vellocino de oro;
 y mas que Ulises, sagaz
 y muy esperto piloto
 ha de ser el que no sea

de su despejo despojo.
 Mas no todas son del gremio
 de Santo Tomás apóstol:
 tambien Dante tiene alumnas. . . .
 que ya pasan del Otoño.—
 ¿Te ríes? No aludo á tu ama,
 que no soy tan malicioso.
 Ni de ella puede decirse
 lo de “á un descosido un roto”
 que es dama de muchas prendas. . . .
 y está en el segundo tomo
 de la hermosa, es decir,
 si no en su Mayo, en su Agosto,
 ¡Siempre maligno y zumbon!
 El mundo es jaula de locos,
 Gonzalo mio, y prefiero,
 filósofo por filósofo.
 á lagrimones de Heráclito
 carcajadas de Demócrito.—
 Pero háblame con lisura:
 ¿te mira con buenos ojos
 la Condesa?

Gonz.
 Quev.

Gonz.

Cada dia
 me da nuevos testimonios
 de su estremada bondad.
 Soy su indigno mayordomo,
 su secretario, tal vez
 su amigo. . . .

Quev.

Ya: su *factotum*. . . .
 Dí de una vez soy su amante,
 y *finis coronat opus*.

Gonz.

No merezco tanto honor.
 ¿Por qué no Dios poderoso,
 á los pobres y á los ricos
 nos formó del mismo lodo?

Gonz.

Ni, dado que yo inspirase
 sentimientos amorosos
 á tan ilustre señora,
 correspondiera. . . .

Quev. (Aparte.) ¡Es neófito! ..

Déjate querer.

Gonz. Habria
de sacrificar. . . .

Quev. ¡Qué oigo!

Gonz. A sus favores. . . .

Quev. ¡La hacienda?

Antes saldrias de ahogos
con la suya. ¡La honra acaso?
No veo ningun desdoro
en ser Conde. ¡La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
ántes será espacion
si, como opinan los doctos,
se pasan con él en vida,
las penas del purgatorio.

Gonz. No es eso. : . .

Quev. ¡Ah. . . . la libertad!

¡Bien, hijo! Apruebo y encomio
esa altiva independencia
digna de un ánimo estóico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo á ese lindo monstruo
que llaman muger. Sé libre. . . .

Gonz. Ese seria mi voto,
si ya un dulce cautiverio
no me hiciera venturoso.

Quev. ¡Qué dices, incauto jóven?
Amas. . . .

Gonz. Sí, señor, adoro
con firme y casta pasion
á una muger. . . .

Quev. Ya supongo.

Gonz. Bien nacida. . . .

Quev. ¡Pero pobre
como tú!

Gonz. Sí, los dos somos
huérfanos. . . .

Quev. ¡Muy bien! Será

la gloria vuestro consorcio;
y si con mútuos requiebros
nos dais calor al estómago,
al ménos nada tendreis
que echaros el uno al otro
en cara.

Gonz. ¡Es un ángel!

Quev. Sí.

Gonz. Y á la hermosura del rostro
aun escede la pureza
del alma. El cándido copo
de la nieve, el aura suave
que halaga el tierno pimpollo,
no son. . . .

Quev. Ya entiendo. Suprime
el idilio obligatorio.

¡Quién al hablar de su amada
escasea los piropos?

Cuando una muger nos flecha,
tenemos la vista todos
para sus gracias, de lince,
para sus faltas, de topo.

Pero si os queréis los dos,
y, ella modesta y tú sóbrio;
tú por un palmo de cara
dejas todo el territorio
de un condado; y ella siendo
tan bella—¡raro fenómeno!—
se resigna á ser consorte

de un alcabalero, *Dominus
vobiscum*.—Voy ahora mismo
á hacer que despachen pronto
tu memorial. Ve mañana
á palacio. . . .

Gonz. ¡Ah! Yo me postro. . . .

Quev. ¡Quietol—A las once.

Gonz. Está bien.

Quev. Emplearé mas gustoso
el tiempo en obsequio tuyo

que en los frívolos coloquios
de una visita de pura
etiqueta, que á esto solo
venia.

Gonz. Sois mi segundo
padre.

Quev. ¡Oh! sí.

Gonz. Mi ángel custodio.

Quev. Basta. ¡Adios! (*Vuelve á abrazarle.*)

Gonz. Guárdeos el cielo.

Quev. (*Ap. yéndose.* ¡Pobre mozo! ¡Pobre mozo!)

ESCENA III.

Gonzalo.

¡Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.
Su corazon está yerto,
y es predicar en desierto
pedir al Invierno flores.

Mas mudará de opinion
quizá, que al fin es discreto,
y aprobará mi pasion
cuando vea el dulce objeto
que me abraza el corazon.

¡Qué es el ajado oropel,
qué es el arguloso porte
y la envenenada miel
de las damas de la corte
al lado de mi Isabel?

¡Son por ilustres mas bellas
algunas que en las estrellas
ponen las ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias. . . .
y pergaminos son ellas.

Amor manda que me rinda
á la que en el sí y el no

desnuda el alma me brinda,
y solo sabe que es linda
porque se lo digo yo.

En dulce conformidad
para uno nos hizo Dios,
y á tanta felicidad
nos llama hasta la orfandad
en que gemimos los dos.

Así con igual ternura
nos dió la naturaleza
en la comun desventura
el crisol que nos depura
de toda humana flaqueza.

Así el amor que á tus piés
juro, y pagas tú, alma mia,
no es una vil mercancía
de que el sórdido interés
hace torpe granjería.

Solo así viva la llama
se alimenta y sin perfidia;
porque desigual la dama,
cuando pide nos fastidia;
cuando nos da nos infama.

ESCENA IV.

Gonzalo. La Condesa.

Cond. ¡Don Gonzalo!

Gonz. (*Ap. ¡Ah! la Condesa.*)

Señora yo. . . .

Cond. Estrañaréis
mi tardanza.

Gonz. ¡Yo, señora!

Faltaria á mi deber
de humilde y leal criado
si osara. . . .

Cond. (*Ap. ¡Qué sencillez!*)

Sabeis que yo no os confundo
con la mercenaria grey
que me sirve.

Gonz. Agradecido,
al cielo ruego que os dé
largos dias de ventura
y . . .

Cond. Mil gracias. Ahora bien,
la causa de mi tardanza
no ha sido ningun cruel
accidente. . . .

Gonz. ¡Ah! Sea Dios
loado y bendito. . . .

Cond. ¡Amén!
(*Ap.* ¡Cielos! ¿es esto cariño,
ó cristiandad. . . . ó sandez?)
Mas de lo que yo esperaba
hoy me ha detenido el Rey.

Gonz. Yo tengo ya despachado
todo el correo de ayer.
Solo falta. . . .

Cond. Bien; no hay prisa.

Gonz. (*Acercándose al escritorio.*)
Podeis firmar, si quereis,
estas cartas. . . .

Cond. ¿Urgen mucho?

Gonz. No.

Cond. Firmaremos despues.

Gonz. Pues si licencia me dais. . . .

Cond. (*Despues de vacilar un momento.*)

Bien: id con Dios. (*Se sienta.*)

Gonz. (*Ap.* ¡Oh Isabell!)

Cond. (*Ap.* Evitémos el peligro. . . .)

Gonz. La firma ¡á qué hora. . . .

Cond. A las tres.

Gonz. El cielo os guarde.

Cond. (*Ap.* ¡Ah! no puedo. . . .

El alma se va tras él.)

Oid. (*Gonzalo vuelve.*)

Quiero consultaros
un negocio de interés. . . .
si no os molesto.

Gonz. Señora,
nunca á mí. . . . (*Ap.* ¡Cómo ha de ser!)

Cond. (*Ap.* Sondearé su corazon.)

Gonz. ¿Sobre el soto de Aranjuez?

Cond. No. Mas árduo es el asunto.—
Pero ¿por qué estais de pié?

Gonz. El respeto. . . .

Cond. (*Impaciente.*) ¡Oh! . . . bien pudiera
el que en la corte es novel,
por sobrado respetuoso
culpase de descortés.

Gonz. Perdonad. No fué mi intento
desairar. . . . Me sentaré. (*Se sienta.*)

Cond. (*Ap.* Necia he sido en ofenderme
de su amable timidez.)

Estadme atento, Gonzalo.
Dos años ha que enviudé,
y no son tantos los míos,
que me hayan de reprender
lenguas malignas, si al yugo
otra vez doblo la sien.

Con mi nombre esclarecido
grandes bienes heredé,
y no quisiera dejarlos
á parientes que tal vez,
ó no me aman, ni yo á ellos,
ó no los han menester.—

¿Qué me aconsejas, Gonzalo?

Gonz. Señora, difícil es
aconsejar en tan grave
materia, y mas para quien
falto de años y de ciencia
como yo. . . .

Gond. No os escuseis.

Sois adicto á mi persona:—
lo debo al ménos creer.

- Gonz.* Yo os juro. . . .
Cond. En vuestra alma noble,
no cabe infame doblez,
ni la embriaga y la fascina
el orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
podiera elegir?
- Gonz.* Pues ¡qué!
¿no teneis otro, señora,
á cuya suprema ley
so pena de eterno llanto
habreis al fin de ceder?
- Cond.* (Ap. ¡Oh cielos! . . .) ¡Cuál?
Gonz. Vuestro propio
corazon.
- Cond.* Sí; mas tambien
tiene la razon sus fueros,
y es forzoso. . . .
- Gonz.* Ya lo sé;
y mejor que yo advertirlo
es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
os hallais, y ha de vencer
la razon, yo os aconsejo
señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
libertad; que á una muger
como vos honran, no afrentan
las tocas de la viudez.
- Cond.* (Ap. ¡Oh palabras de consuelo. . . .
Si no son pérfida red
de quimérica esperanza!
Me exhorta con viva fe
á no dar mi mano. . . . ¡Ay Dios!
¡mudará de parecer
si lee al fin en mis ojos
que la guardo para él?)
- Gonz.* (Ap. ¡Calla! ¡Plegue á Dios que entienda
que no la quiero entender.)

- Cond.* Muy cuerdo es vuestro dictámen;
que es triste consorcio aquel
de quien la razon helada
es el único sosten.
Pero si triunfa el amor,
como suele suceder,
de esa razon impotente
que le disputa el dosel,
¿qué me diréis, Don Gonzalo?
- Gonz.* Señora. . . . qué no os caseis.
Gond. ¡Ni á la razon ni al amor
me es licito obedecer!
Luego si el único puerto
me vedais que el tropel
de las humanas pasiones
me pudiera guarecer,
á mi opinion ó á mi dicha
por siempre renunciaré.
¡Señora! . . .
- Conz.*
Cond. Mas no creais
que tan opuestos estén
en mí esos dos sentimientos,
que á riguroso nivel
quereis sujetar. Supongo
que vos no confundireis
con la razon verdadera
el sofístico oropel
que llaman razon de estado.
Prendas pudiera tener
el objeto de mi amor,
con que cien veces y cien
suplira el fastuoso título
de un marqués. . . . solo marqués.
Amor, que no reconoce
límites á su poder,
igual a la humilde choza
con el alto chapitel.
El amor, hijo de Dios,
y Dios acaso tambien,

es la ambrosía celeste
que dulcifica la hiel
de nuestra misera vida:
es el bello ro sicler
que este valle de tinieblas
convierte en risueño Eden:
contra el rigor del destino
es el mas fuerte broquel:
él sagaz descubre méritos
que el mundo olvida ó no ve:
él la apacible modestia
premia, y su pálida tez
desgarra la baja envidia
cuando de mirto y laurel
ve coronada la frente
que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaria á mí
la desdeñosa altivez
con que algun necio, prendado
de su gótico pavés,
murmurase de mis bodas
porque no las hice, á fuer
de rica hembra de Castilla,
con algun primo del Rey?
Yo ufana de mi eleccion
le sabria responder:
“Ved aquí el dueño adorado
que cautiva mi alma; ved
si mas apuesto mancebo
y mas digno de honra y prez
inventar puede el buril,
ni imaginar el pincel.
Si no es grande de Castilla
ni infanzon aragonés,
prendas y brios le sobran
con que lo pudiera ser;
y en fin, yo le quiero y basta;
y pues no hay razon ni ley
que acate el libre albedrio

para amar ó aborrecer;
de mi propio corazon
yo sola quiero ser juez.”
Gonz. No os censuro yo; os admiro.
Pero vos que encareceis
tanto el poder del amor—
¿y quién le resiste, quién?—
mirad, señora, que es ciego;
mirad, no os lleve al través
de su venda engañadora,
donde naufrague el bajel
de vuestra dicha. Mirad
si el que os dignais ascender
á vuestros amantes brazos,
no recibe harta merced
en permitirle que sea
de vuestra planta escabel.
Mirad que un dia vos misma
quizá os arrepentiréis. . . .
Cond. No; ¡jamás! Podrá mi frente
ceñir funesto ciprés
en vez de nardos y rosas,
si con injusto desden
paga mi ternura inmensa
el hombre á quien solo amé;
mas ya en mi arbitrio no está
el dejarle de querer;
que amor le grabó en el alma
con inflamado cinkel.
Gonz. (*Ap.* ¡Oh tormento! ¡Oh desventura!)
Señora. . . . (*Ap.* ¿Qué la diré?)
Cond. Conmovido estais.
Gonz. ¡Sí!
Cond. Hablad.
Gonz. Escusadme. . . .
Cond. ¿Qué temeis?
Gonz. Hablad: lo exijo.
Cond. El respeto
pone á mi lábio un cancel.

Cond. Doleos de mi martirio,
y aunque apure hasta la hez
la copa de la amargura. . . .

Gonz. ¡No la pruebo yo tambien?
¡No os dice hartó mi silencio
si lo quereis comprender?

Cond. Mas ¡cuya será la culpa
si no lo interpreto bien?
Yo os abro mi corazon,
y del vuestro nada sé.

Gonz. Vos pedís una respuesta,
y yo podria á mi vez
haceros una pregunta
con que os pudiera ofender.

Cond. Para salir de este empeño
sobrado ingenio teneis,
sin forzarme á que deponga
privilegios de muger.

Gonz. No es de ingenio esta cuestion,
señora: bien lo sabeis.

Cond. (Ap. ¡Oh suplicio!)

Gonz. Solo un hombre
la pudiera resolver,
y . . . si ese hombre. . . no soy yo. . . .

Cond. Seaislo ó no, responded.

Gonz. Pues bien: si yo, por acaso
fuese el oscuro doncel
que desde el polvo en que yace
os pluguiera enaltecer
hasta la elevada esfera
donde sol resplandeceis,
turbado, absorto, confuso
me postrara á vuestros piés.
(Lo hace.)

Cond. (Ap. ¡Alma, respira!)

Gonz. (Besando enternecido la mano de la Con-
desa.)
Y bañando
la mano que me tendeis

bondadosa en tiernas lágrimas
de gratitud. . . .

Cond. (Ap. ¡Oh placer!)

Gonz. Diria: Guardad, señora,
tan acrisolada fe,
para quien con otra igual
la pueda corresponder.

Cond. (Ap. ¡Gran Dios!) (Se levanta.)

Gonz. Sellad esta frente
que alzar á vos no osaré,
con hierros de esclavitud;
y si por sincero y fiel
á mi despecho os agravio,
de mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
ó á mi garganta un cordel;
mas. . . .

Cond. ¡Basta! (Ap. ¡Oh rubor! . . .)

Gonz. ¡Qué digo!

Despreciadme.
(Con imperio.) ¡Alzad! . . . Sí haré.
(Se levanta Gonzalo.)

Gonz. ¡Así! Triunfad de vos misma
y admitid mi parabien.

Cond. ¡Eh, callad! (Ap. ¡Perdida soy!)

¡Cómo, villano soez,
osais! . . . Mas tanto no debe
mi cólera descender,
que honre con ella de un sándio
la estraña ridiculez.

Gonz. ¡Señora!

Cond. (Con risa forzada.) ¡Tan alta estima
de vuestra persona haceis,
que fundando sobre el aire
otra torre de Babel,
por mí os juzgais recuestado
de amores que no soñé,
y en conflicto tan terrible
vuestro pudor defendeis,

con la rudeza de Hipólito
y la virtud de José?

Gonz. Yo erré, señora. Ya veo
que esto ha sido un entremes. . . .

Cond. En que habeis equivocado.
(*Ap.* ¡Oh angustia!) vuestro papel;
mas de un modo tan donoso
que siempre celebraré. . . .

Gonz. Yo tambien celebro mucho
el error que escarneceis;
pero huiré la contingencia
de volverlo á cometer.
Calificadme de necio
en buen hora. Yo no sé
si merezco ó no este apodo;
pero me basta saber
que si aceptándolo os sirvo,
debo ufanarme con él;
que á mí no ha de estarme mal
lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

La Condesa.

*Déjase caer en un sillón con el mayor abatimiento
luego que Gonzalo desaparece.*

¡No puedo mas! ¡Me desprecia!
¡Por qué el lábio no fué mudo?
El silencio era mi escudo.—
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!
Mas si á morir me sentencio
¡qué importa en trance tan fuerte
que la voz me dé la muerte
ó que me mate el silencio?
al ménos ese cruel
por quien mi amor desvaria,
cuando vea mi agonía

sabrás que muero por él;
y acaso por gratitud,
si su alma ahora es tan yerta,
alguna lágrima vierta
sobre mi negro ataud.
(*Se levanta.*)
¡No! Mi desventura estrema,
pide al que así me escarnece,
no que difunta me rece,
sino que airada me tema.
¡Ay! Ni esté acerbo placer
dará alivio á mi pesar;
que mal se puede vengar
quien no sabe aborrecer.
Ni es un crimen su desvío.
¡Con qué ley, con qué razon
mandara en su corazon
yo. . . que no mando en el mio!
¡Por qué á su noble entereza
mi desgracia achacaré,
y no á mi crédula fe
y á mi humillante flaqueza?
¡Acaso su labio mismo,
que tan mal interpreté,
no era rémora á mi pié
cuando corria al abismo?
Quizá algun dia se apiade
de mí; quizá la ambicion
seduzca su corazon
si mi amor no le persuade.
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja
herido de mi despego.
Injusta seré si niego
satisfaccion á su queja.
(*Toca una campanilla.*)
¡Otra vez, alma cobarde,
te rinde vana ilusion?
¡Por qué al fin de la razon
no oyes el grito! . . . ¡Ah! ya es tarde.

ESCENA VI.

La Condesa. Martin.

Mart. Mande Ucencia.
Cond. Ven acá,
(Ap. ¡Así á un ingrato me humillo!)
¿Qué hace Gonzalo?

Mart. Su atillo.

Cond. (Ap. ¡Oh Dios!)
Mart. Dice que se va.—

Y es cosa que me ha pasmado;
que en todos sus menesteres
aquí está á cuerpo qué quieres,
y es mas señor que criado.—
Lo habrá despedido Ucencia.

Cond. Yo. . . . creo que sí.

Mart. ¡Lo dije!

Pues creo que no se aflije
de perder la conveniencia.
Al contrario; muy en sí,
con el rostro como un áscua
y el alma como una pascua. . . .

Cond. Bien, bien. . . ¿Qué se me da á mí. . . .

Mart. Y con gozo estrafalario,
le he visto sacar del pecho
una cosa, que sospecho
si será algun relicario;
y mientras doy á su ajuar
colocacion oportuna,
besar la efigie con una
devocion particular.

Cond. ¡Una efigie! . . . ¿Tú la has visto?

Mart. Sí señora; y en conciencia
puedo asegurar á Ucencia
que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
un ángel del paraíso,
si es creible ó si es preciso
que un ángel sea. . . . muger;
y si á los ángeles buenos
no pertenece la estampa,
Virgen es la que allí campa,
sobre poco mas ó ménos.

Cond. (Ap. ¡Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)

Mart. Mas su modo de rezar
tiene un si es no es de profano.
¡Qué sé yo! . . . Aquel regocijo. . . .
Salvo el "bendita tú eres
entre todas las mugeres,"
que eso bien claro lo dijo,
juro á fe de esclavo nuestro
que en su boca no se oia
ni jota de Ave-Maria
ni pizca de Padre nuestro.

Cond. (Ap. ¡Me reservaba mi estrella
este horrible torcedor!
¡Otra me roba su amor!
¡Yo morir y triunfar ella!)

Mart. Si Ucencia no manda nada. . . .

Cond. Martin, yo quiero saber
el nombre de esa muger,
su condicion, su morada.

Mart. ¡Ah, es muger! . . . Ya saco el hilo. . . .
No es el corte de la saya
de ángel, ni. . . .

Cond. Cuando se vaya
le seguirás, . . . con sigilo.
Yo te premiaré.

Mart. Se entiende.

Cond. Toma bien las señas. . . .

Mart.

Sí;
y aun sin moverme de aquí
doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van. . . .
Sin saberlo he sido yo
correo. . . .

Cond.

¡Ah ¡La has visto?

Mart.

No;

no he pasado del zaguan.—
Vuecencia por compasion
querrá escusarle petardos
y que se ande á picos pardos. . . .

Cond.

(*Impaciente y agitada.*)
¡Bien está! . . .

Mart.

¡Qué corazon!

Cond.

(*Como poseida de una idea repentina.*)
(*Ap.* Ah! El rey.... Mi influjo en Palacio...
¡Sil! No le pierdas de vista,

Mart.

Yo le seguiré la pista. . . .
(*Mirando dentro.*)

Aun está allí. Va despacio.

Cond.

(*Ap.* Un mismo dardo nos hiera.)

Mart.

Ucencia sabrá muy pronto
todo lo que hay. ¡Soy yo tonto?
(*Ap.* Y mas de lo que quisiera.)

Cond.

(*Ap.* Infiel, tu loca esperanza
sabré yo frustrar tambien,
y pues lloré tu desden,
tú llorarás mi venganza.

ESCENA VII.

Martin.

Hé aquí un chisme. . . venial,
que si el demonio lo enreda,
va á mover mas polvareda
que una batalla campal.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

